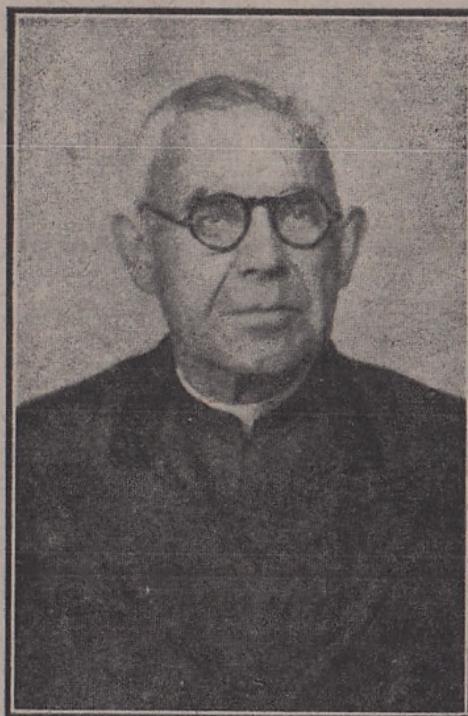
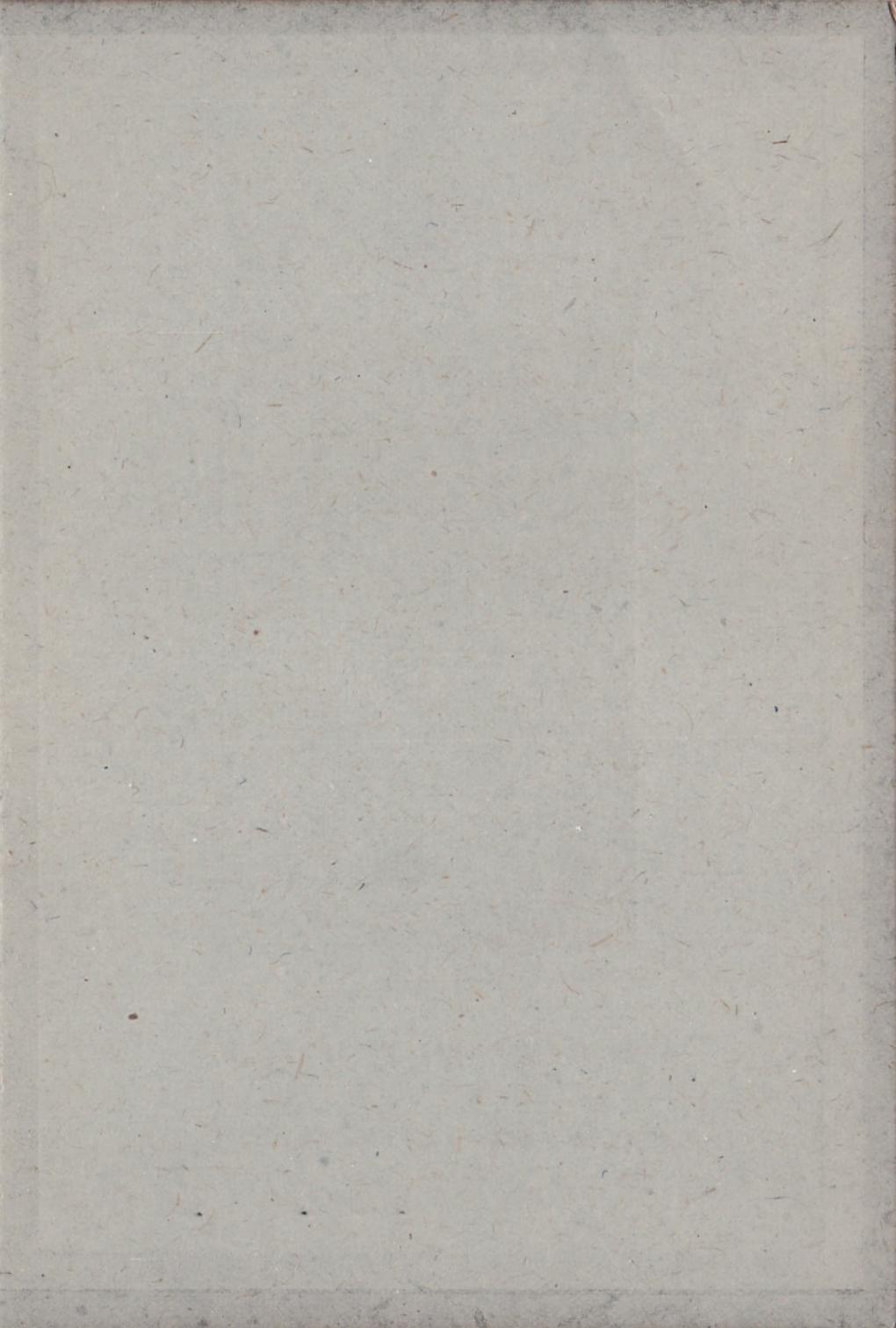


*A la grata memoria  
de un Salesiano*



*Rvdo. D. Gregorio María Ferro,  
Director del Colegio Salesiano de Morón,  
fallecido el 6 de Septiembre de 1942.*



# *Dedicatoria*

---

---

*UN grupo de amigos de la Obra Salesiana de Morón se han reunido para ofrendar a nuestro queridísimo D. Gregorio Ferro, (q. s. g. h.) un homenaje de rendida gratitud y fervoroso cariño.*

*No podemos menos de agradecer desde lo íntimo del alma esta atención y delicadeza y aprovechando la coyuntura, hago extensivo mi reconocimiento y el de la Congregación Salesiana que en esta Provincia represento, al pueblo de Morón y a sus dignísimas Autoridades que en el día del entierro se sumaron, en importante manifestación plebiscitaria, a nuestro duelo suspendiendo por unas horas la vida entera de la ciudad, para demostrar con su presencia la profunda veneración y el hondo y sentido cariño que profesaban al Director bueno y sacrificado, al sacerdote ejemplar, al Salesiano modelo.*

*Florencio Sánchez S. S.*

Al Reverendísimo Padre Dr Pedro Ricaldone,  
amigo queridísimo del llorado D Gregorio dedica  
este libro en indigno sucesor que con la ayuda  
de su protección desde el cielo y las oraciones de  
los que por mí oran, procurará ser exacto heredero  
de su profundísima devoción a los superiores, de  
su espíritu de sacrificio, de su amor al trabajo,  
obediencia, castidad y pobreza, amor a las vocacio-  
nes y sólida piedad, no dudando que nuestro  
Padre D Bosco velará por él que se profesó  
Devotísimo hijo en el Señor

José Hernández

«Quomodo ceciderunt fortis in  
praelio». Como sucumbieron  
los fuertes en la batalla.

(2.<sup>o</sup> de los Reyes, I-19)

CON íntima complacencia uno al ramillete de flores frescas y lozanas que nuestros cooperadores y amigos de Morón han cortado en el jardín de sus corazones, esta breve semblanza moral que la veneración, el cariño y el afecto de Hermano me han inspirado.

¡Don Gregorio M.<sup>a</sup> Ferro ha volado al cielo!

El profeta David, según se lee en el comienzo del segundo libro de los Reyes, ante el anuncio de la muerte del Rey Saul y de su hijo Jonatás, con muestras del más intenso dolor de su alma, desgarría las vestiduras, rompe en amargo llanto y entona la bellísima elegía que empieza: «Considera Israel...»

A lo largo de sus sentidas estrofas, se repite varias veces con dolorido ritornello esta frase: «Quomodo ceciderunt fortis in praelio». Como murieron en la guerra nuestros más bravos soldados, nuestros campeones, nuestros más claros varones.

¡Cómo ha desaparecido de nuestro lado, diremos también nosotros, el soldado valeroso, e

obrero infatigable, el religioso sacrificado, el sacerdote celoso, el Superior bueno y paternal!

Su vida de 72 años es sobremanera fecunda para encerrarla en el reducido marco de un artículo necrológico. Su semblanza moral ofrece contrastes bellísimos y dimensiones colosales.

Los datos biográficos aparecen en otras páginas de este trabajo.

De su semblanza moral estudiaremos sólo alguna que otra faceta más característica. Helas aquí:

### El Salesiano

Entró en la Congregación el 1891, por la puerta ancha y espaciosa de la casa de Sarriá (Barcelona).

Contaba ya 20 años.

Señoreaba por aquel entonces sobre la casa, el recuerdo bendito de la visita del Fundador, realizada el mes de Mayo de 1886. La santidad del Padre había ungido aquel venerable recinto y sobre todo a la dichosa comunidad con el óleo de una ejemplaridad edificante.

La primera ocupación que recibiera al llegar a Sarriá fué la de ayudante de ropero. Este mismo compendia en solas cuatro palabras toda la historia de su aspirantado: «fué desde el primer momento muy humilde, obediente, piadoso y trabajador». Serán éstas las notas características de su carácter, las piedras anchas y profundas sobre las que se asiente, a lo largo de 51 años el edificio de su perfección religiosa y sacerdotal.

Su salesianismo exaltado y fervoroso se reveló en aquella frase que repetía con frecuencia predicando ejercicios espirituales a Salesianos, aspirantes o niños: «Por solos cinco años hubiera sido el hombre más feliz de la tierra». En efecto por solos cinco años, no pudo conocer personalmente en Sarriá a nuestro Fundador y Padre, S. Juan Bosco.

Repasando su vida, me parece ver encarnada en su figura la silueta clásica de los salesianos de la primera hora, de aquellos que vivieron a la sombra bendita del Padre y que forjaron con sus he-roísmos, la leyenda de oro de la Congregación.

Cuando hablaba de D. Bosco, de los Superiores, su palabra se encendía en la más sincera de las admiraciones, en el más hondo y sentido de los respetos. Tan vivo era su espíritu de fe, tan entera su fidelidad, tan incondicional su adhesión, tan grande su cariño.

Cuando le mostraba, a mi regreso de Turín, el proyecto de las obras que han de levantarse en la colina de los Becchi, sus ojos se humedecían, sus labios temblaban de emoción y me repetía aludiendo a nuestro Rdvmo. Rector Mayor: «¡Qué grande es Don Pedro!» Que D. Bosco nos lo conserve aún muchos años para que veamos todas estas maravillas».

¡Con qué humildad, con qué sencillez, con qué rendimiento me daba su cuenta de conciencia en la Visita Canónica!

Al visitar dos Superiores Mayores el pasado

año su casita de Morón, repetía fuera de sí: «Qué honor para nosotros. Nunca ha sido tan honrada esta pobre casa como hoy». Su amor, su cariño, su devoción, se desbordaban por el ancho cauce de su típica, chispeante e ingeniosa fraseología, despertando junto con la hilaridad, la más clamorosa y cerrada de las demostraciones de afecto a los enviados de D. Bosco, a los representantes del Recto Mayor.

Amaba a la Congregación como se ama a una Madre y su amor no era palabroso, fingido, halagador, sino real, hondo, sincero, como el de un hijo.

Sacerdote y apóstol  
de las vocaciones ↞

Hermosísima faceta la de su Sacerdocio, la de su apostolado vocacional.

El celo por la gloria de Dios, los grandes amores eucarísticos y marianos, hallaban eco y acogida cordialísima en su preclara y selecta alma sacerdotal.

Siempre estuvo pronto para luchar la dura e ingrata batalla de las vocaciones. Primero triunfó en su propia familia conquistando para la Congregación a su hermano D. Dionisio, sacerdote también y como él de temple acerado de apóstol, de luchador infatigable de la causa de Dios. Luego en Córdoba, Málaga, Ronda y por último en San Benito y Morón. En todas partes cultivó la parcela de

las vocaciones y en todas partes le regaló el Señor con la floración y madurez de algunas de ellas.

Herían su corazón sensibilísimo las resistencias, las incomprendiciones de los padres en el problema de la vocación y sobre todo las miras interesadas con que alguno de ellos entregaban a sus hijos a la Congregación.

Y qué decir de su piedad, de su intensa vida interior, de la predicación de la palabra divina prodigada siempre con generosidad a todas las horas y a todos los públicos, del ministerio de la confesión, de la dirección espiritual de las almas, de su fe, de su confianza ilimitada en el Señor...

En el último año pasado entre nosotros, se imponía todos los Domingos el sacrificio de la bincación y a galope tendido volvía de los Cortijos donde había prodigado sus ministerios, para llegar a la segunda Misa del Colegio y sentarse en el Confesonario.

Sacerdote a lo Don Bosco.

Estampa ruda, perfil sencillo, aire democrático si queréis pero miel de bondades, exquisitez de sentimientos, delicadez de corazón.

¡Don Gregorio era todo corazón!

### El Maestro

Podemos decir de nuestro querido D. Gregorio que murió, como buen soldado, al pie del cañón.

Así fué en efecto. Hasta este último curso escolar estuvo varias veces supliendo, como un joven

de 20 años, al maestro de la clase pequeña y más tarde al de la clase superior.

De este modo fué cuarteándose silenciosamente la recia arquitectura de su cuerpo.

Era un maestro modelo, un trabajador infatigable, un enamorado de la escuela. Inolvidables son sus triunfos educativos en las casas de Córdoba, Málaga, Ronda, en todas partes. En los bancos de su clase se forjaron muchas generaciones que hoy ocupan puestos de responsabilidad en el gobierno de la Nación, en las oficinas, en las casas de Banca, en la Empresas mercantiles...

Su claro talento, su facilidad de expresión, su profundo conocimiento de psicología infantil, su constancia, su abnegación, su sacrificio, todo lo puso al servicio de la enseñanza. Por eso le querían y le recuerdan sus alumnos; por eso lloraba inconsolable uno de ellos, ya hombre maduro, al darme el pésame, días después de su fallecimiento.

Y esta intensa y marcada vocación pedagógica de su vida, sin conjugarla maravillosamente, aun en los momentos trágicos y difíciles, con un sentido realista y humano de la función escolar. Porque sobre los gritos estentóreos, los golpes en la pizarra, las repeticiones infinitas de una misma verdad, tan propias de su carácter; sobre el sudor y el polvo y la tiza que orlaban su pobre y remendada sotana, flotaba siempre, la gracia inimitable de sus frases clásicas y lapidarias. Cuando por ejemplo, en los años difíciles de las Escuelas de Santa

Teresa, de Ronda, tuvo que luchar con la competencia y la malicia de un maestro nacional, apellidado Blanco, escribía a uno de sus íntimos: «Aquí estamos luchando estos cuatro leones. No tengas miedo. Contra nosotros no podrán nunca las iras de Blanco, ni... de Dña. Juana la Beltraneja».

Así era Don Gregorio. Un luchador, un forjador de caracteres, un cincelador de almas.

¡Un maestro de cuerpo entero!

El devoto de María  
Auxiliadora ↞

Extenso por demás podía ser este apartado, si quisiéramos contar cuanto él hizo y trabajó por extender la devoción de María Auxiliadora, en todas las zonas y climas sociales, en que su celo se prodigaba.

Hablarán elocuentemente por nosotros, las cañillitas, los cuadros, las estampas, medallas, estatuas, que él, con sacrificios heroicos fué sembrando por doquier, en Córdoba, Málaga, Sevilla, en la extensa serranía de Ronda, en los pueblecitos todos, que rodean la ciudad de Morón.

En todas partes, su piedad más expresiva, su devoción más señalada, su amor más entrañable, lo guardaba para la Virgen. A su protección especialísima, debió la vida, en las horas terribles de la revolución marxista en Sevilla. Las turbas allanaron también la pacífica morada de nuestras es-

cuelas de S. Benito de Calatrava, que él dirigía. Alcanzaron sus iras, al buen sacerdote, y lo amenazaron bárbaramente, apuntándole con un largo cuchillo sobre el corazón. Como Jesús, en el huerto de los Olivos, pudo decir él también, a los que atentaban contra su vida: «Si os hice mal, si hablé contra vosotros, mostradme las pruebas; pero si derramé mis energías todas, mi vida toda, gota a gota, en bien de vuestros hijos, ¿por qué me vais a matar?»

Prevaleció al fin el buen sentido, y nuestro D. Gregorio, emocionado, trémulo, con lágrimas en los ojos, fué a postrarse ante la Virgen, para entonarle el salmo fervoroso y encendido de su gratitud.

Encargado por los Superiores, de la reconstrucción y dirección de la casa de Morón, que había sido pasto de las llamas, ve al punto en la fecha de la entrada triunfal de las tropas salvadoras, una providencia maternal de la Virgen, una prueba inequívoca de la especialísima protección que María Auxiliadora, ha dispensado a la Ciudad.

Y surge enseguida en su alma la idea del templo votivo, monumento de gratitud del pueblo de Morón, a su Protectora, la Virgen de Don Bosco.

La historia externa, oficial de este templo, la conocéis, porque fuisteis y sois, protagonistas activos y entusiastas; pero la historia íntima, la que reseña los detalles nimios, pero elocuentísimos de la historia de cada ladrillo, de cada metro de cal, de ca-

da tonelada de cemento; la historia de los cimientos que debieron reforzarse, de la cúpula, de las vidrieras... ésta, sólo Dios y él la conocen perfectamente.

Su Angel de la guarda, podría contarnos el bellísimo poema, de los pequeños donativos recogidos de casa en casa, en un bregar continuo, en un sacrificio heroico, privándose a veces hasta del legítimo descanso, de las más legítimas satisfacciones, sufriendo con paciencia las negativas, evasivas e insidias, de quienes torcían, maliciosamente, la rectitud de sus nobles afanes. Sólo el que ha recorrido los duros caminos de la pobreza y ha llamado porfiadamente a las puertas de los poderosos pidiendo una limosna, podrá medir la anchura y profundidad del sacrificio, que han costado al santo sacerdote, esos millares de pesetas enterrados en su templo votivo.

Me decía un día con lágrimas en los ojos: «Y pensar que se gastan millares y millares de pesetas, en una fiesta profana, en una feria, en un banquete, en un público espectáculo, y las obras de Dios, padecen el olvido y el abandono más espantosos».

Los que oían diariamente las palpitaciones de su gran corazón, podrán decirnos también la ilusión que ponía en la realización de su nobilísimo empeño. El templo, era ya para él, una obsesión inquietante. Ha llegado, pues, la hora de ofrecer al bienhechor insigne de Morón, porque el templo, respondiendo a una urgentísima necesidad religio-

*rendido*

sa lo quería regalar al pueblo, ha llegado la hora  
repito, de juntar voluntades, de reunir fondos, de  
ser generosos y agradecidos, para terminar de una  
vez, como homenaje medido a su memoria, la igle-  
sia votiva de María Auxiliadora.

\* \* \*

La] semblanza, por fuerza, ha quedado incom-  
pleta. Ni el tiempo, ni el espacio de estas páginas,  
me consienten otra cosa.

Al principio apuntaba cuatro virtudes que com-  
pendiaban de singular manera, la figura moral, ex-  
traordinariamente polifacética y fecunda, de Don  
Gregorio: «Humilde, obediente, piadoso y trabaja-  
dor». Aquí quedan consignadas otra vez como hi-  
tos señeros de su espíritu, como libro abierto, don-  
de todos, Hermanos y admiradores, podemos  
aprender lecciones de la más alta sabiduría.

Que el Señor nos depare, en su bondad, en su  
extremada predilección hacia la Inspectoría, figu-  
ras de este templo, sacerdotes de esta talla, para  
que sigan ensanchando, con las armas de la fe, de  
la caridad, del sacrificio, las fronteras del reinado  
de Cristo en las almas.

FLORENCIO SÁNCHEZ S. S.



## *Quién era Don Gregorio...*

---

SE me encomienda que desarrolle, en pocas palabras, según mi modo de ver, el título de esta cuartilla, y en realidad que la tarea no es fácil cuando aún no me he repuesto de la impresión que recibiera el domingo 6 del actual: Don Gregorio ha muerto.

DON GREGORIO ERA... Ante todo un gran corazón. Sabía y no podía castigar; se lo impedía su corazón. Su ternura era tanta que ejercía su misión educadora sugestionando con su inmenso cariño. Este le llevaba a ser extremoso. Cuidaba del niño en la clase y en la calle; durante su estancia en el Colegio y cuando salía de él, esto es, D. Gregorio quería y educaba.

DON GREGORIO ERA... UN GRAN MAESTRO. Conocía perfectamente la manera de transmitir sus conocimientos. Todas las mañanas, inexcusablemente, en la pizarra, dos horas de aritmética y una de gramática. ¡Qué bien le comprendíamos! ¡Qué sencillas y fáciles las lecciones en su boca! ¿Cómo llamaban la atención los niños que ingresaban en bancos y oficinas? Era que habían tenido un MAESTRO.

DON GREGORIO ERA... SACERDOTE. Empezaba las mañanas modelando el corazón de sus niños. Todos los días, en la Capilla, explicaba el evangelio: jamás dejó de hacerlo. ¡Y de qué manera! Tan claramente lo «desmenuzaba» que lo comprendían los mayores y los pequeños. ¡Qué moralejas más prácticas sacaba del libro Sacro! Era un gran Sacerdote.

DON GREGORIO ERA... UN GRAN TRABAJADOR. Tenía tiempo para cuanto era en bien de sus niños. No conocía el cansancio, jamás lo rindió la fatiga. Atendía ardorosa y alegremente todos y cada uno de los aspectos de la educación y de la enseñanza. No terminaba nunca. No había sosiego ni descanso para aquel hombre. Don Gregorio era INCANSABLE.

Y si D. Gregorio era sacerdote y maestro y además salesiano, inteligente y trabajador, bueno y cariñoso, ¿cómo va a asombrar que un pueblo, Morón, le acompañase entero al sepulcro? Aquí en Córboba somos muchos los que estando en pie, al recibir la noticia, el alma se nos puso de rodillas. Díos le habrá pagado lo que hizo por los que fuimos niños encomendados a sus cuidados en Córdoba y Málaga, en Ronda, en Sevilla y en Morón.

BALDOMERO MORENO, A. A. de Córdoba



La noche pasó sin que se oyera ni se viera nada.

Al amanecer el sol nació con un resplandor suave.

## *Don Gregorio y María Auxiliadora*

---

DOBLABAN a muerto las campanas en la mañana estival y el eco del bronce, triste, plañidero, tendió un velo de profunda tristeza al conocerse la muerte de Don Gregorio.

En el primer y desconcertante momento de la noticia, quizá bajo la influencia de ese fatalista atavismo peculiar a mi raza, vino a mi mente lo que decía Quevedo: «Aguarda a que yo pase, si ha de caerse una teja» y también aquello otro del Duque de Gandía: «Nunca más, nunca más servir a señor que se pueda morir y en gusanos le convierta la muerte», pues aunque hacía poco que trataba a Don Gregorio ya razones de gratitud y sincero afecto me ligaban a él como si le conociera de toda la vida y es que este salesiano ejemplar, digno continuador de la obra de San Juan Bosco, era todo corazón y tenía siempre y como él la sonrisa fácil y el retrato cordial, ameno y acogedor.

Hoy recuerdo con emoción su sonrisa amplia que alegraba también sus ojos oscuros y vivaces, mientras su diestra se nos tendía franca en el apretón amistoso, mano de hombre de corazón abierto,

noble que tenía por norma hacer el bien por el bien mismo.

Ya no discurre por el abierto patio ni por los amplios corredores del Colegio la silueta del fraile todo austeridad, pobre en sus ropas, modestísimo, con esa modestia que es la suprema elegancia de los espíritus escogidos y sin embargo, nadie puede sustraerse a la idea de verle aparecer por allí, tan lleno está todo de su recuerdo hasta casi se espera salga a nuestro encuentro por algunas de sus puertas, tal vez de aquella de su Iglesia en construcción, la Iglesia de María Auxiliadora, esa gran ilusión suya que no pudo ver terminada.

Todos tienen para él un recuerdo de afecto, de simpatía, de agradecimiento: así he oído anécdotas llenas de aquel estilo que le caracterizaba y siempre infundidas de un celo religioso y devotísimo a María Auxiliadora.

Me han dicho: «Tenía el corazón muy padecido». Cuando la infusta República, lo persiguieron mucho haciéndole la vida casi imposible. Razón de más para mirarle más.

Nada le arredró, nada aminoró su afán santo, al contrario, se esforzaba aún a costa de innumerables sacrificios en llevar a María Auxiliadora su Virgen bonita, por diversos pueblos para rendirle culto y levantarle un trono en cada corazón y presumo que la Augusta Señora se quedaba muy a gusto en cada coro que fundaba el venerable sacerdote. Porque fué esta devoción a María Au-

xiliadora la que llenó su vida. No sólo Pruna, Algámitas, Coripe dan fe de ella, también las ubérrimas tierras de Córdoba y su provincia le vieron peregrinar, pidiendo para levantar el Templo, bajo dicha advocación.

Y en Ronda y en Málaga: en esta última rué coronada la Virgen entre el fervor de las plegarias, el rumor del mar rompiendo espumas, en sus costas y como ofrenda un verdadero derroche en la belleza y fragancia de sus claveles, los incomparables claveles andaluces: pero era mayor el perfume de santidad que exhalaba su alma en la apoteosis de su homenaje a María Auxiliadora y aún la híperbole me parece corta.

Ha muerto D. Gregorio dejándonos el ejemplo admirable de su vida de santo, porque fueron muchas sus buenas obras en distintos órdenes y notables las prendas morales que le adornaban, mas sobre todas, destaca aquel místico amor a la Madre de Dios y su infatigable tesón para propagar su devoción, para inculcar la fe en Ella. Y si desgraciadamente vemos a menudo como se desobedecen u olvidan órdenes o consejos de quienes están investidos para mandar, rara vez deja de cumplirse la voluntad de un muerto y es que como reza el decir popular, los muertos mandan. Pues bien, D. Gregorio, que no escatimó detalles para propagar, repito, la devoción a la Virgen de D. Bosco, nos manda con la fuerza de su abnegación, de su vida de sacrificio, de su recuerdo, con-

tinuar su obra y en aras de la fe infundírsela a las gentes, nos lo manda y nos lo exige desde la región suprema de la Vida y Luz eternas donde, no dudamos, goza su espíritu bienaventurado de la Presencia Divina.

CARMEN M. FERREIRÓS Y SUÁREZ



*A la santa memoria del muy querido y llorado  
amigo Don Gregorio M.<sup>a</sup> Ferro*

## ELEGÍA

ALMA cándida de niño  
En viejo estuche encerrada,  
Con los dorados encantos  
De primaveras lejanas.

Fragante rosa que llenas  
con tus perfumes la estancia;  
En búcaro quebrantado  
Alargas vida precaria.

Rayo de luz que iluminas  
Y alegras la santa Casa,  
Hoy entre sombras medrosas  
Y en silencio sepultada.

Padre y pastor que conduces  
Con discreción justa y sabia  
La grey juvenil inquieta  
De sociedad desquiciada...

Tronchado al fin cayó el roble  
En vendaval y en batalla,  
Como precio a sus afanes  
Por su niñez tan amada.

El padre ya se ha ausentado  
Buscando gloriosa palma;  
Levantad, niños al cielo  
Vuestras sentidas plegarias,  
Porque la rosa fragante  
De virtudes tan preciadas,  
Roto el búcaro una noche,  
Mustia quedó a la mañana.

RAFAEL SEGURA VIVAS, PBRO.





## *Don Gregorio en Morón y el Templo Votivo*

---

DOS etapas tiene la vida de Don Gregorio en esta Ciudad. La primera de organizador, Director nombrado para inaugurar este colegio recién construido.

De la mano de su constructor, hombre también recio de cuerpo como de espíritu, el anterior arci-preste ya desaparecido D. Manuel Tobar, fué presentado a la sociedad, al pueblo moronés, entre el cual prontamente se abrió amplio camino, captándose amistades, sembrando simpatías con su efectuosidad, con su sencillez, con su extremada bondad, principalmente en su deseo de ser útil a todos, no solo en la misión de su alto ministerio, visita de enfermos, dirección de almas, acompañamiento de difuntos y consuelo de dolientes, sino en servir a quien algo le pedía, fuera del orden que fuera, no escatimando usar para ello de sus amistades ni omitir trabajo alguno para conseguirlo y sin que jamás fuese motivo o pretexto para dejar de servir a alguno sus muchas ocupaciones en un colegio de reciente creación, con tanta abundancia

de aluñños y necesidades como escasez de profesores y medios de desenvolvimiento.

Estas bondades dejan huella y éste fué el recuerdo que dejó Don Gregorio al marchar de aquí, cuando sus superiores tuvieron a bien sustituirlo por aquel santo sacerdote, D. José Limón, vilmente asesinado por los sin Dios y sin Patria, cuya sangre de mártir vertida dentro de los muros del colegio, junto con el ejemplo viviente que nos ha legado su sucesor Don Gregorio podría ser el riego fértil y fecundo que haga fructificar espléndidamente esta santa obra salesiana de Morón.

La segunda etapa es tan reciente que apenas hay que recordarla, está en la memoria de todos.

Volvió a hacerse cargo del Colegio en momentos tristes y difíciles. Cuando vió la destrucción completa del material de enseñanza, parte de la obra de fábrica del colegio y totalmente la antigua Iglesia a él adosada del Espíritu Santo, su corazón sensible se sentía amargado al considerar deshecha en unas horas de locura sectaria aquella obra que con tanto amor, trabajo y entusiasmo había conseguido poner en marcha, obra santa de abrir las inteligencias juveniles al saber, al mismo tiempo que educar las voluntades en esos dos sublimes amores: el de nuestro Dios y el de nuestra Patria.

¿Sería en esos momentos angustiosos cuando en sus coloquios con María Auxiliadora le hizo el

ofrecimiento de levantar para darle culto la que él llamaba Iglesia Votiva?

No lo sabemos, al menos por mi parte. Lo cierto es que puso manos a la obra y ya vemos a nuestro Don Gregorio con sus botas remendadas y su sotana si es o no es deslucida, unas veces al lado de los albañiles y hasta en ocasiones ayudándoles, camino de Sevilla otras a buscar materiales, por las calles de Morón con aire preocupado, siempre de prisa pero sin dejar por ello de repartir sonrisas y saludos a esa forma afectuosa y sencilla que hace tan atrayente su persona porque en ella pone al descubierto su alma de niño. ¿Y si se le entrega una limosna para la obra de su Iglesia? No importa que sea grande o pequeña, es tanta la emoción y agradoimiento que le proporciona que en el colmo de su humildad trata de besar la mano que la ha dado. A veces por un asaz que existe en todas las obras, algo no sale perfecto o en sus contratos de materiales paga precios un poco más subidos que otros los consiguieron: es tal el disgusto que esto le produce, acaso por el temor de no haber obrado con la debida diligencia, para conseguir el máximo acierto, que se le nota preocupado, triste, como así mismo cuando tiene que minorar el ritmo de construcción o parar la obra y es que ve alejarse con ello el momento por él tan deseado de inaugurar su Iglesia.

Todas estas vicisitudes, preocupaciones y trabajos fueron minorando su fuerte naturaleza sien-

do seguro que influyera poderosamente la disminución de sus resistencias físicas que no pudieron dominar la enfermedad que nos lo arrebató.

Hago punto final, pero no sin antes hacerme esta pregunta: ¿Será posible que los Antiguos Alumnos, Cooperadores Salesianos y pueblo católico de Morón no hagan suyos los desvelos y vehementes deseos quizás de un santo, aunando, y sin escatimar los esfuerzos necesarios para dar fin bien y pronto al Templo Votivo?

JOSÉ SÁNCHEZ MESA

Morón y Septiembre de 1942





## Triunfo póstumo

---

¿Cuando será que pueda  
libre de esta prisión volar al  
cielo?

Fray Luis de León

UN poco vacilante, volví aún la mirada hacia el Colegio, le veía debatirse en las tinieblas como queriendo sacudirse el frío de la muerte, quise ayudarle... comprendí mi impotencia... también yo intentaba alejar de mi mente el augurio de un fatal desenlace... ¡todo inútil!... allá en lo alto, en la más humilde de las celdas salesianas, apagábbase lentamente aquella vida que tantos años fué luz y calor del hogar salesiano.

La enfermedad marchaba ahora precipitadamente, los accesos de fiebre abrasadora inflamaban las mejillas y el agotamiento de los copiosos sudores perfilaban su nariz... aún parecía me sentir en mis labios la frialdad de aquella santa mano, acordéme de Hipócrates y al repetir aquel su aforismo: «uñas negras, y los dedos de las manos y pies fríos, indican funesto fin»... ¡anudóse mi garganta, y esbocé mi primera lágrima por mi buen Don Gregorio!

Con esta visión, seguí lentamente dejando a mi espalda aquella mole inerte y medrosa... de lo lejos, rumor de campanas tocan a oraciones, entonando con sus voces la tranquila paz del Pueblo, y llenándole de dulces vibraciones, parecían aconsejar un sueño feliz para aquellos a quienes aguarda aún el mañana...

Con las auras del nuevo día pasó a gozar del Eterno nuestro amado Don Gregorio, fué su muerte silenciosa y firme, como sintiendo vergüenza de sus sufrimientos y de sus estertor... En tanto allá abajo las campanas con sus acentos plañideros sembraban en el Pueblo el dolor de la triste nueva.

Desde el umbral de la Capilla contemplé el cuerpo de aquel santo: sus manos cruzadas sobre el pecho en actitud de orar, sus ojos medio entornados, su faz blanca como el mármol, la expresión de su semblante, serena, tranquila, borraba toda huella de muerte y más bien parecía aquel cuadro el recogimiento místico de una exaltada piedad... hasta el crepitár de los cirios parecíanme rumor de rosarios, y sólo en aquella llama puntiaguda señalando el cielo con la danza ágil de sus líneas, adiviné la escala mística, misteriosísima, por donde la vida contingente se confunde en la vida eterna.

Cerré los ojos, me traslade a días pasados y repasé la siembra de este jardinero providencial, y como otro Don Bosco, apóstol de la niñez desvalida.

En aquella semana trágica de Julio, cuando la

tempestad desencadenó sobre todo el pueblo y sus nubes cubriéronlo de un matiz plomizo, vimos convertido en inmensa hoguera aquel Colegio reluciente. La reacción no habría de hacerse esperar... hacía falta un hombre providencial, llamémosle así sin temor a equivocarnos, y a mí se me antoja, que al igual que aparece un Ignacio de Loyola para combatir la Reforma y destruir el poder de Lutero, de Enrique VIII, de Zuinglio...; un Suárez, un Aquino para desenmascarar al panteísmo con Bruno a la cabeza, al racionalismo, al sensualismo, de Locke...; un D. Bosco, providencial entre los providenciales, para salvar a la juventud y arrancarla de las manos de un Mazini...; a mí se me antoja, repito, que en mi patria chica, el hombre providencial forjado de la reacción fué nuestro queridísimo Don Gregorio.

Así fué como con fe inquebrantable y una voluntad férrea fué levantando los muros de su derriudo Colegio, desaparecieron los escombros, y de nuevo la atmósfera polvorienta fué sustituida por aquella otra diáfana, templada por la algarabía de trescientos niños.

Mas D. Gregorio no conocía el «Non plus ultra», su mirada estaba fija en un horizonte sin límites materiales, y hacia allá caminaba con paso firme llevando en derredor todo su ajuar: sus niños... y emprendió su gran obra, su Iglesia Votiva; todos esperábamos el día en que le viésemos como a D. Bosco derramar lágrimas de gratitud ante el

Altar de María Auxiliadora... Dios lo ha llamado a su Reino sin esta satisfacción personal y ¡colecc-tiva!... parécmeme que en cada una de esas piedras ha ido dejando trozos materiales de su cuerpo—el edificio como su fe, inmenso—su cuerpo finito y no teniendo más que entregar ¡sembró allí el soplo de vida que quedábale, para que floreciendo, fuese así bastante a coronar el Templo!

Sembrar es recoger, y en este sentido material, el Salesiano no siembra... su recolección es tan pobre..., pero tan sublime. ¿No vísteis en alguna ocasión la recolección de nuestro llorado D. Gregorio?... ¡Sí! ¿No lo vísteis en algún final de Curso, en alguna reunión de Antiguos Alumnos, derramar furtivas lágrimas? pues..., ese es todo el fruto de su cosecha; que lo aprecien quién sea capaz de sentir con la profundidad de aquel corazón de Santo.

¿Le conocísteis? Ya es bastante, seguro estoy que hasta en corazón de roca, allí muy escondido, junto a su fe existe su recuerdo perenne. ¿Le olvidas tú acaso, niño?... Ha sido tu ángel tutelar, tu Apóstol, y si naciste en un tugurio, revolcado en el turbión de las pasiones callejeras, ¡con hambre!, ¡con frío!, con todo el angustioso peso que acumularon contra tí el egoísmo y la maldad humana. Tú Antiguo Alumno, que como Católico entre los Católicos supo hacer de aquel inocente lo que hoy eres ¿le olvidarás?..., pues... llórale, todo lo que quieras, pero sigue ese camino que él te marcó, si no sabes, vete a ese otro D. Gregorio, a cualquier

Salesiano, y si te bastas a tí mismo, que seas tú el que le suplantes en ese maremagnun social donde el hacinamiento no deja entrar el rayo de luz emanado del Religioso. Si así lo hacemos... ¡qué mayor triunfo póstumo!... ¡¡Su Iglesia!! ¡¡Su juventud!!...

Pero más elocuente que todas las palabras... ¡su entierro!; difícil por no decir imposible se me hace su descripción, no encuentro forma de trasladar a estas cuartillas la inmensidad de aquel dolor en el que participó todo un pueblo sin distinción de edades y colores... D. Gregorio, verdadero símbolo de la caridad, supo como Newton rotar su disco, y unificar las clases con el dolor de su muerte.

Jamás el Colegio albergó tanto gentío...; doblaban las campanas, estremeciése el Sol. Recordé a Goethe comparando a Napoleón con el rey de los astros... nuestro pequeño rey había muerto. Tiñóse la tarde de negros grajos... y asistió en silencio y llorosa a su entierro...

Cuando abriéndose la puerta del Colegio apareció el féretro en brazos de Sacerdotes, la emoción y el llanto alcanzó su cenit; a duras penas organizóse la comitiva, ni los amplios pórticos del Colegio, ni las amplias calles adyacentes eran apenas suficientes para contener a la machedumbre... En la portada ya, avanzaron a porfía Antiguos Alumnos y Cooperadores queriendo cada cual llevar a hombros aquel cuerpo tan querido.

Sus niños no faltaron a centenares y con los Antiguos Alumnos, abrían la comitiva fúnebre. Detrás del féretro toda una masa de la que no se oía sino el rumor de sus pasos elevarse en el silencio del atardecer. Cerrando el cortejo todas las Autoridades Eclesiásticas, civiles y militares, que siempre unificadas con el Colegio, con su Director, fueron a ofrendarle su póstumo homenaje.

Entre estandartes y paños, profusión de coronas, coronas no fúnebres, sino triunfales que al igual que en la antigua Roma, el pueblo de Morón consagraba a su querido D. Gregorio.

La emoción indescriptible... todo el trayecto cubierto por inmenso gentío, y eran muchos los que arrodillándose a su paso, cubrían la cara para enjugar sus lágrimas.

Después de aquellas conmovedoras palabras de D. Francisco Javier, y a hombros de Salesianos fué llevado a su eterno aposento terreno.

Un coro de cipreces ejecuta la música delirante de sus ansias celestiales.

Ha muerto D. Gregorio, ¿pero que importa?... Su muerte es un triunfo... muriendo el hombre hace la humanidad. Eterno sentido de la ofrenda a los que mueren mártir de su Religión y de su Patria.

FELIPE MARTÍNEZ, A. A.



Nota leída por la emisora de Radio E. A. J. 24  
Córdoba, el día 9 de Septiembre de 1942, con  
motivo de la muerte de D. Gregorio M. Ferro

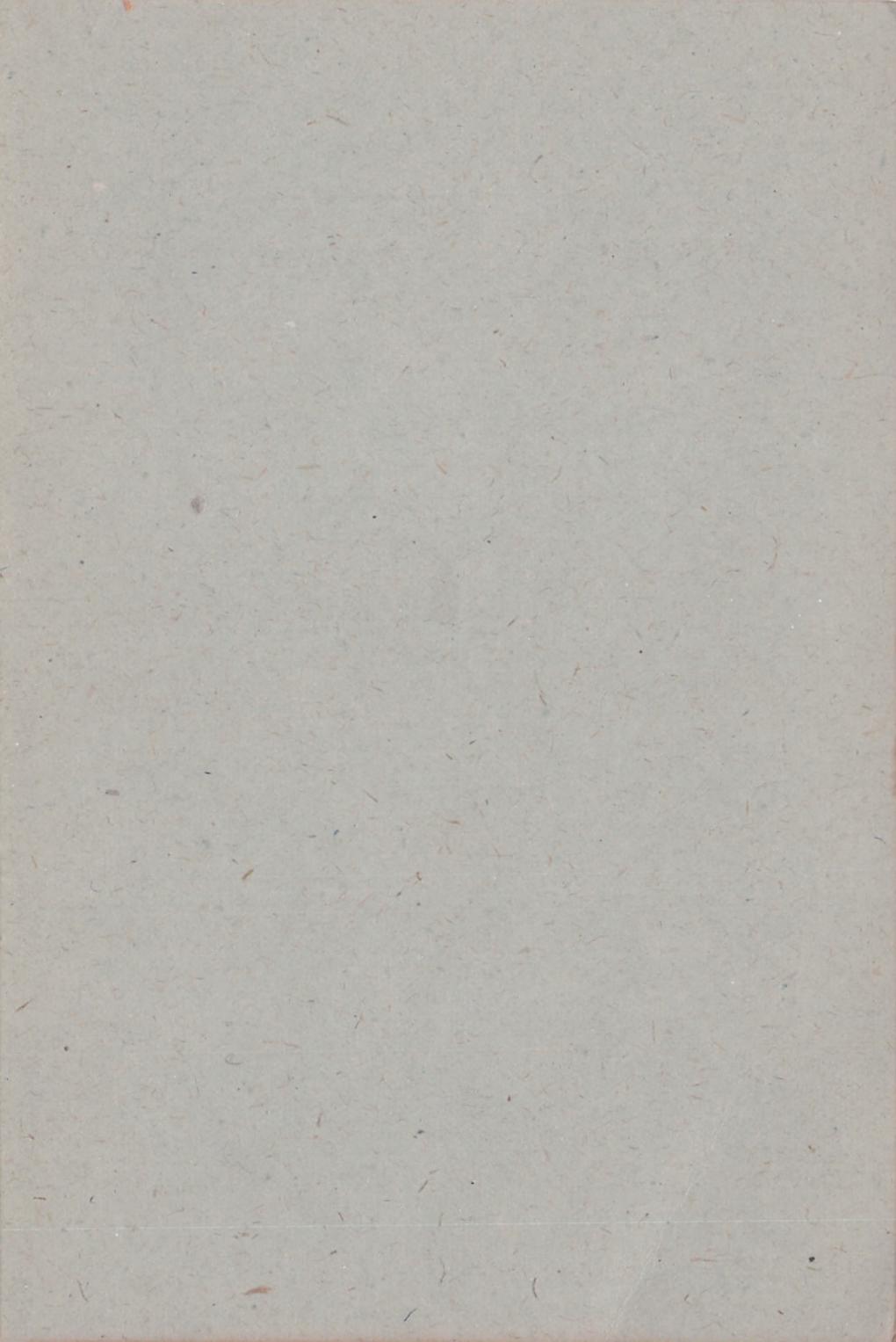


HA faltado de Córdoba no pocos años Don Gregorio María Ferro; y sin embargo, su figura tosca y prieta pero dulce y suave, silueta de Apóstol de una obra redentora no se ha desdibujado de nuestra retina. Seguros estamos de que esta noche al dar la triste nueva, se conmoverán muchos corazones de los que nos escuchan. Unos porque directamente recibieron el inestimable beneficio de la educación cristiana y de la cultura literaria otorgada por su mano generosa; otros, porque le vimos actuar con tanto celo, con empeños tales, y con tan desmedido amor de caridad para la niñez desvalida y desamparada de la suerte, que muchas veces no le bastaba estar junto a su alumnos todo el día, si no que a la tarde, cuando acababa la jornada escolar y los muchachos salían hacia sus hogares, Don Gregorio les acompañaba hasta pasado el Realejo, pensando si los peligros de la circulación entonces escasos, pudieran dañar a sus discípulos al pasar por la angostura de la calle, y se

alejaba con ellos de las escuelas, y les despedía seguro y satisfecho, cuando ya habían traspuesto la zona peligrosa. Había nacido para enseñar, para cristianizar a la infancia pobre, para defenderla...

Con él, compartieron otras figuras (la de D. Sebastián María Pastor) esa gran cruzada de fundar antes que una Iglesia donde se diese culto a María Auxiliadora y gloria a D. Bosco, un pueblo para que se arrodillase en esa Iglesia. Muy alta habrá sido la recompensa que a estas horas haya recibido de quién todo lo paga, el sacerdote salesiano recién muerto Don Gregorio María Ferro (q. e. p. d.)







ESCUELA TIP. SALESIANA  
MÁLAGA